

Mas sube de punto la admiración si se considera el número no despreciable de obras que dió á luz en Cuba, entre las cuales merecen especial mención el *Compendio de Teología moral*, del P. Larraga, adicionado por el Siervo Dios, y la *Llave de oro*, obra enteramente compuesta por él. Deseaba el celoso Arzobispo poner en manos de su clero un libro que le sirviera de texto en las conferencias que habia establecido en su diócesis, en lo tocante á Teología moral; y aunque pudiera echar mano de obras maestras, como la de San Ligorio, que por entonces comenzaba á ser apreciada en España, no lo juzgó prudente, y con razón, ora por la extensión de dichas obras, ora por estar escritas en latín, lo cual era no pequeño estorbo para que fueran entendidas de los sacerdotes cubanos, cuya ignorancia y las causas de ella se apuntaron ya en otra parte. Por esta causa, á más de otras económicas, se valió del Prontuario del P. Francisco Larraga, religioso capuchino, obra muy conocida y generalmente estimada en España, la cual, por estar escrita en castellano, se hacía más accesible á los principiantes y á los de más corto ingenio, y aunque no puede servir de obra de consulta y para adquirir profundos conocimientos de Teología moral, en sus dimensiones, relativamente cortas, abarca y explica con claridad y solidez cuanto el sacerdote ha de saber para el recto y ordinario desempeño del ministerio sagrado. Un Padre de nuestra Congregación, que estaba muy enterado de las doctrinas de San Alfonso de Ligorio, se habia entretenido en adornar el texto de Larraga con notas aclaratorias sacadas de las obras de este santo Doctor de la Iglesia; el P. Claret, á quien su autor las entregó para que hiciera de ellas el uso que creyera conveniente, "se aprovechó de este trabajo, escogiendo con tanto acierto (son palabras del censor eclesiástico de Barcelona), cuanto podía mejorar y dar más inteligencia á varios puntos, que puede ser mucho más útil que antes á los jóvenes estudiantes y principiantes moralistas, como igualmente á los nuevos confesores, que por lo regular sólo estudian en los Prontuarios.", Dióse á luz la nueva edición del Larraga, adicionado, el año 1854, en la Librería Religiosa de Barcelona. Al fin de la obra el Siervo de Dios añadió, por modo de apéndices, varios tratados utilísimos al clero en general y particularmente al de Cuba. Tales fueron un extracto de *La práctica del confesor para recibir las confesiones*, es-

crita por San Ligorio en su *Homo Apostolicus*, en el cual extracto el confesor hallará el modo de tratar á los penitentes y los remedios generales y particulares que puede dar contra los vicios según lo aconsejen las circunstancias del penitente; un breve tratadito sobre el modo cómo debe portarse el confesor para dirigir á las personas espirituales, otro sobre la *asistencia á los moribundos*, y, por último, uno en que se contienen notables avisos á los confesores y párrocos y la práctica de la oración mental para provecho suyo y de las personas que dirijan. En las ediciones sucesivas que de esta obra se hicieron, á los apéndices anteriores añadió el Siervo de Dios otros cuatro, que fueron: el *Diálogo entre el confesor y el penitente*, escrito por el Rdo. Leonardo de Puerto Mauricio para facilitar la confesión general; *Tratado de las Reglas de la Iglesia*, acerca de la aceptación y cumplimiento de cargas de Misas, reducción, condonación y dispensa de localidad de las mismas, por el M. D. Magín Ferrer; el *Tratado de las virtudes hijas de la justicia y de las demás virtudes cardinales*, traducido de la obra moral de Scabini, y un resumen de los *privilegios* concedidos á los Obispos y fieles de las Indias, que interesaba mayormente á los eclesiásticos de Cuba y de la Habana.

Transformada de este modo la obra del P. Larraga, llegó á ser en manos del P. Claret una verdadera Enciclopedia teológica moral, donde los sacerdotes pueden hallar admirablemente compendiado cuanto les conviene saber para desempeñar con fruto los diversos oficios de su ministerio, aunque no quiere esto decir que con sólo aprender este libro salga uno consumado moralista, pues el mismo Sr. Arzobispo, en el prólogo á su obra, hizo á los presbíteros esta prudente advertencia, con la que otro menos humilde que él hubiera creído herir su amor propio: "Nadie crea, — dice, — que con él sólo ha de salir un moralista perfecto...; muy errado andaría el que así pensara. Todos sabemos que, para formarse un buen moralista, primeramente se ha de pedir esta gracia á Dios, como dice Santiago: *Si quis autem vestrum indiget sapientia, postulet a Deo, qui dat omnibus affluenter, et non improperat et dabitur ei*. Luego se ha de procurar saber bien un autor, y después leer ó estudiar otros, y consultar á sabios y experimentados moralistas. Por lo que á todos suplico y rue-

go encarecidamente que procuren saber bien este Prontuario del modo que se lo presento, y que después lean los autores siguientes: Neyraguet, etc.,

4. Si con la publicación de la obra anterior prestó el Padre Claret importante servicio al clero de su diócesis, y en general al de toda España, con dar á luz por aquel mismo tiempo, y junto con la que precede, su famosa *Llave de oro*, mereció las alabanzas de los Prelados y la gratitud de los eclesiásticos de Cuba y de toda la Península, por más que los impíos levantaran contra él, á causa de esta obra, una inmensa polvareda que cegó hasta los ojos de algunos buenos, pero incautos. *La llave de oro* no es otra cosa que una serie de reflexiones que ofrece el Siervo de Dios á los que ejercen el ministerio del confesonario para abrir el corazón cerrado de los pobres pecadores. Esto se comprenderá claramente por lo que su autor dice en el hermoso y ameno prólogo que sirve de portada á la obra. "Ya que el Señor, — escribe, — por su divina bondad é infinita misericordia, se ha dignado entregarnos las llaves del reino de los cielos con poder de desatar á todos los pecadores que vengan bien dispuestos y dejar en las mismas ataduras á los indispuestos, y siendo deber vuestro el valeros de los medios que os dicta la caridad y os sugiere el celo para disponer á los indispuestos y para remediarlos á todos, me ha parecido que el mayor obsequio que os podía hacer era presentaros esta *Llave de oro*, ó llave del corazón del hombre, con que podáis abrir aquel real gabinete, que es la habitación de Dios, Rey de reyes y Señor de señores, si se halla adornado de la gracia, y cueva del príncipe de las tinieblas, si en lugar de la gracia está en él la inmundicia y asquerosidad del pecado mortal.

"Para mayor inteligencia, debo deciros que el corazón del hombre es un castillo que no tiene más que una puerta que se llama voluntad, y ésta tiene su cerradura con dos muelles ó resortes que se llaman *quiero* y *no quiero*. Quiero lo bueno y no quiero lo malo. La llave de esta cerradura y que mueve estos dos resortes es el conocimiento de lo bueno, con que abre y quiere, y el conocimiento de lo malo, con que cierra y no quiere. Por esto decían allá los filósofos antiguos: *nihil volitum quin praeognitum*."

Después de haberse extendido sobre la fortaleza de este

simbólico castillo, el cual, como él dice, ni los ángeles del cielo, ni los hombres de la tierra, ni los demonios del infierno pueden abrir si la voluntad no quiere, prosigue sobre el modo de usar de la llave del conocimiento con estas palabras: "¡Oh, si el hombre conociera la malicia del pecado y los daños que le causa en el cuerpo y en el alma, en el tiempo y en la eternidad! Estoy cierto que no pecaría tan fácilmente, que no se bebería la iniquidad como el agua, y si alguna vez fuese sorprendido y cayese, no tendría reposo hasta haber sacado de su casa tan mal huésped, como lo hace el que sorprendido se ve con los ladrones en casa, que no reposa y está lleno de espanto hasta que se ve libre de ellos, ó lo mismo que aquel á quien en un convite han hecho tragar un veneno. A buen seguro que si hubiese sabido que en aquella copa dorada, llena de un deleitable y gustosísimo licor, estaba el veneno mortífero, no le hubiera tomado, y tan pronto como conoce que está emponzoñado, hace todos los esfuerzos posibles para arrojar el veneno. Lo propio haría el hombre si conociese bien que el pecado es esa copa dorada, llena quizá de deleite momentáneo y de gusto pasajero, pero emponzoñada de un mortífero veneno, y si alguna vez fuese sobrecogido y lo bebiese, al momento que lo advirtiera lo arrojaría de sí.

"He aquí, pues, el motivo de escribir el presente librito, que contiene una serie de breves reflexiones y advertencias que se deben dar al hombre para que no peque, y si ha tenido la desgracia de pecar, para que arroje al momento el mortal veneno de la culpa... Las reflexiones que aquí se ponen son pocas y breves, porque no se trata de hacer al pobre penitente un largo discurso sobre cada vicio, sino una breve reflexión acomodada á su capacidad, que la entienda bien y le penetre el corazón, y así se humille y arrepienta, y entonces Dios no le despreciará, sino que le recibirá como al hijo pródigo."

Para proceder con claridad y método sigue por orden los Mandamientos de la Ley de Dios, poniendo en cada uno las reflexiones de que él se había valido muchas veces con incalculable provecho de las almas. Esto es, en substancia, el célebre librito *La llave de oro*.

A pesar de haber sido este opúsculo recibido con tanta aceptación de Prelados y sacerdotes, que desde 1854 á 1860 se hicieron de él, en unión con la obra del P. Larraga, cinco nu-

merosas ediciones, en ese último año los enemigos de la Religión pusieron el grito en el cielo y levantaron contra la obrita y su autor mil groseras calumnias, que ni merecen los honores de la refutación. La ocasión de tales alharacas fué la siguiente: En 1860 se hizo una edición por separado de la *Llave de oro*, y, por desgracia, un ejemplar del opúsculo fué á dar en manos de un doctor progresista, enemigo del Siervo de Dios. En aquella época el santo Arzobispo, á causa del cargo que tenía de confesor de la Reina, había atraído sobre sí las iras de los revolucionarios y de cuantas personas creían ver frustradas su ambición y malvados proyectos por el ascendiente que con S. M. tenía la extraordinaria virtud del P. Claret. Estábanle atisbando hacia tiempo con ojo avizor para poder agarrarse de cualquier pelillo y tomar de ahí ocasión de difamarle ante los ojos de la sencilla muchedumbre; pero el Varón de Dios era tan remirado en todas sus cosas, que sus enemigos se desesperaban y rabiaban por no hallar pretexto á sus calumnias. El referido doctor, cuando leyó la *Llave de oro*, sonrió maliciosamente y juzgó que había llegado ya el instante favorable á los que intentaban hacer caer al P. Claret de su alto puesto y en la opinión de las muchedumbres. Puso manos á la obra, y con increíble descaro y villanía extractó y falsificó el libro, intercalando en él algunas desvergüenzas y dándolo á la estampa bajo el nombre del P. Claret. Las personas sensatas no cayeron en la trampa del infame calumniador, porque habían ya adquirido y saboreado la edición genuina del opúsculo; pero no dejó de alarmar á algunos que sólo lo conocían por el nombre, y de promover escándalos farisaicos en los que estaban interesados en que siguiera adelante la farsa. Hasta en las mismas Cortes hubo quien se atrevió á censurar el mencionado librito, pero todo esto sólo sirvió para aquilatar más la gloria y la virtud del Varón de Dios y poner de manifiesto la impostura de sus calumniadores. Entre los que salieron á la defensa del maltratado Arzobispo merecen citarse *La Esperanza*, en su número del 24 de Enero de 1865; el insigne crítico é historiador D. Vicente de La Fuente, profesor ya entonces de la Universidad Central, y el diputado á Cortes Sr. Pérez Hernández, quien defendió el libro y á su autor en el Congreso, en la sesión del 30 de Abril de 1878.

“Le han calumniado atrocemente,—decía *La Esperanza*,—

en sus piadosos é instructivos escritos, llegando la vileza é infamia al extremo de alterar inicuaamente dos de sus libros entre los muchos que el Sr. Claret ha publicado. Uno de ellos es el *Ramillete*. Este opúsculo contiene lo más selecto para dar gracias á Dios, pedirle favores y hacer actos de amor; pero los enemigos han escrito otro con el mismo nombre con dibujos y figuras tan lúbricas y obscenas, que jamás hemos visto igual, atribuyéndolo al Sr. Claret. Lo propio han hecho con el libro titulado *Llave de oro*. Hallándose en su diócesis de Cuba, dirigiendo por sí mismo las conferencias á los sacerdotes recién ordenados, á fin de instruirlos teórica y prácticamente en la administración de los santos Sacramentos, escribió un libro con ese título, que con la mayor rapidez se extendió por todas las diócesis de España, felicitándole los Prelados por lo mismo. Pues bien: ¿qué han hecho los enemigos? Han escrito un opúsculo con este nombre, con figuras obscenas y las explicaciones más repugnantes, atribuyéndolo también al Sr. Claret. Más de diez años hacía que aquel libro andaba con el mayor encomio en manos de los sacerdotes, y hará cosa de un año que ha aparecido este engendro infernal con el mismo nombre, para manchar, si pudiesen, aquel libro y su autor..”

Es curiosa la anécdota que á este propósito refiere Don Vicente de La Fuente en la defensa que hizo de este mismo opúsculo. Después de probar que lo que el P. Claret dice sobre el modo con que se ha de manejar el confesor en el examen de los hombres sensuales que se acercan al tribunal de la Penitencia, que es el caballo de batalla de los calumniadores, está casi todo tomado de otros escritores de Teología moral y también de Medicina y Cirugía, tales como Mr. Devans, Debreyne, Tissot, Gossilieb-Wogues, Trant, Arethie, Hoffman y otros, y que lo más ofensivo al pudor está consignado en latín, y no macarrónico, como ha querido suponer alguno, sino correcto, y que de seguro no lo escriben tan bien sus detractores, añade el siguiente diálogo que sostuvo con un personaje que tuvo la desgracia de leer el adulterado por los enemigos del Siervo de Dios:

“—Pero así y todo,—me decía un excelentísimo señor liberal moderado,—¿se atrevería Ud. á poner ese libro en manos de una hija suya si la tuviera?”

„— ¿Y por qué no, si había de ser confesora?

„— Pero las mujeres no son sacerdotes ni confiesan.

„— Pues entonces, ¿á qué le había de dar á mi hija un libro hecho *exclusivamente* para los sacerdotes y para los que se han de sentar en el tribunal de la Penitencia? Eso sería absurdo. ¿Le daría Ud. á su hija obras de Medicina y Cirugía? ¿Y por qué no ha dicho Ud. su hijo en vez de decir su hija? Y si los hijos, cualquiera que sea su sexo, llegan á verse dominados de un vicio infame con harto sentimiento de Ud., ¿no les pondría Ud. en las manos esa misma obra de Tissot que cita el P. Claret, y que en esos casos desgraciados se apresuran los padres y los facultativos á poner en manos de los adolescentes á pesar de sus dolorosas y horribles revelaciones? Se ha mirado á Tissot como un bienhechor de la humanidad por haberlo escrito, ¡y se ridiculiza en el sacerdote católico lo que se encomia en el médico del cuerpo! ¡Oh hipocresía infame!

„No debo omitir aquí que viendo el excelentísimo señor que muchos se daban por convencidos, ó á lo menos suspendían el juicio, citó un latín breve tan macarrónico, tan sucio é impertinente, que apenas hallé qué contestar, pues no me atreví á negarlo rotundamente ni sospeché tan mala fe. Al registrar el libro y buscar el pasaje, me hallé no poco sorprendido al ver que no había en él asomo de semejante pasaje, y eso que el ejemplar que yo tenía me lo regaló el mismo autor recién publicada la obra. No puede llegar á más la infamia. Debo añadir á esto que el libro no se vendía al público, sino solamente á sacerdotes. Si el pasaje grosero que citó el excelentísimo señor calumniador está en la edición falsificada de intento y por burla, en tal caso el falsario es quien debe responder de aquella indecente bellaquería.”

Muerta había quedado hacía tiempo esta acusación, y más desde que los acontecimientos del 68 dieron el triunfo á la política española revolucionaria, la cual nada tenía que temer de un enemigo al que poco tiempo después de desterrado vió bajar al sepulcro, cuando en Abril de 1878 vino á resucitarla paladinamente en las Cortes, no un republicano, ni siquiera un progresista, sino un conservador perteneciente al partido moderado, pero al cabo liberal. Discutiase entonces amplia y acaloradamente en el Congreso el proyecto de ley sobre las bases de instrucción pública presentadas por el Gobierno li-

beral-conservador, que á la sazón tenía las riendas del poder. Distaban mucho las mencionadas bases de estar animadas por el espíritu católico, pues quitaban á la Iglesia la intervención que por derecho divino le compete en los Estados católicos para que la enseñanza pública no contrarie ni á los dogmas ni á la moral católica. Para combatir este proyecto liberalesco, el elocuente orador y diputado católico Sr. Pérez Hernández, en la sesión del 27 de Abril pronunció un discurso magistral que arrancó aplausos á sus mismos enemigos. En el calor de la oración apostrofó de un modo elocuentísimo á la enseñanza oficial, que era en gran parte heterodoxa y racionalista, para comprobación de lo cual citó varios textos de doctrina impía, ridícula y extravagante que habían, sin embargo, pronunciado públicamente en la cátedra algunos profesores, é hizo la cita con tanta sal y gracia, que excitó en gran manera la hilaridad del Congreso. Entre los que se levantaron á responderle figuró, en nombre de la comisión y de la mayoría parlamentaria, el diputado liberal-conservador D. Lorenzo Domínguez, quien, al principiar su discurso, no pudo menos de reconocer la superioridad del Sr. Pérez Hernández y de manifestarse en extremo temeroso por tener que rebatir al que con la fuerza de la palabra y de la lógica había luchado como gigante. Entre las doctrinas más ó menos descaradamente liberales que vertió en su discurso de contestación para reducir á polvo el argumento ineludible del Sr. Hernández, que con los textos por él alegados había puesto de manifiesto los peligros que corría la enseñanza oficial de caer en manos de profesores impíos y racionalistas sin la intervención de la Iglesia, aseguró que, así en las Universidades como en los Institutos, la enseñanza oficial era en general católica, y que nada probaban contra la clase en general el extravío de cuatro, ó nueve, ó diez profesores, y para robustecer su débil argumento, que no hacía al caso de que se trataba, hizo una alusión desgraciadísima á la *Llave de oro* del P. Claret en estos términos: “¿Cree S. S. que si yo me dejara tentar del mismo espíritu que le tentó ayer tarde no podría traer aquí trozos de sermones, y aun sermones enteros, que producirían la misma hilaridad en la Cámara y mayor que la que produjeron los trozos que leyó S. S.? ¿Cree su señoría que me faltaría *alguna llave* con que abrir ciertos libros y marcar y señalar párrafos y páginas y capítulos en-

teros que hacen más daño al Catolicismo que todo lo que ayer leyó aquí S. S.? ¿Cree S. S. que no podría hacer eso trayendo aquí algunos libros de texto que se dan en los mismos Seminarios? Pues yo no lo haré nunca, ni podré jamás sacar de casos particulares y raros este argumento, ni en contra de los Seminarios, ni en contra del virtuoso y respetabilísimo clero español.„

Hay más veneno entrañado en estas palabras del que parece á primera vista; y porque aquel día se acercaba ya la hora de terminar la sesión, el Sr. Hernández pidió la palabra para echarlo en cara de su autor al día siguiente, junto con las demás especies liberalescas, envueltas con mucha finura en su discurso. Las palabras del Sr. Hernández, que recogió en seguida la alusión, son no sólo una defensa del libro y de la persona del Sr. Claret, sino también un breve panegirico del Siervo de Dios y un elocuente testimonio de que los verdaderos católicos de todas las jerarquías sociales le miraban como á un Santo. “Siento,—dijo en el discurso pronunciado en la sesión del 30 de Abril de 1878,—recordar á la Cámara que de los labios del Sr. Dominguez han salido palabras que no hemos oído á los oradores de la oposición revolucionaria; que ha traído recuerdos aciagos de un libro, que no son aciagos por el libro mismo, sino por las calumnias, de que se hizo eco la opinión pública. ¿Cuál es ese libro? Aquel que nos señaló sin terminar la frase, diciendo que no le faltaría *Llave* para abrir cierto libro. Pues ese libro á que se refiere S. S., esa *Llave de oro*, libro escrito para confesores en el tribunal de la Penitencia, es perfectamente legible por aquellos que saben leerlo, y no tiene nada de escandaloso, más que á la manera de algunos libros de Medicina, y está la obra dedicada á los confesores, que la deben conocer para las consultas en el tribunal de la Penitencia. Pero ¿no hay ejemplo de algún otro libro como el del virtuoso, el del santo, el de inmortal memoria P. Claret? ¿No hay otro ejemplo? Pues hay un ejemplo elocuentísimo. En Francia el ilustre P. Debreyne, trapense, escribe en 1846 una obra titulada *Machioeologia ó tratado de los pecados contra el sexto y nono Mandamiento de la ley de Dios*, con un compendio poético de embrieología sagrada, en francés, que no en lengua erudita, que no en latín; se hacen muchas ediciones de ella, la conocen todos los que la deben conocer, y nadie se es-

panta, sin embargo de contener cosas que no contiene la obra del P. Claret, puesto que el trapense de 1846 era en 1840 una ilustración de la Facultad de Medicina, un distinguido médico, y nadie, repito, se escandaliza, y no se hace eco la opinión de ninguna calumnia como se ha hecho con la obra del santo y del inolvidable P. Claret.„

Si no supiéramos los frívolos recursos á que suelen apelar los enemigos de la buena causa cuando se ven cercados y estrechados por la fuerza de la razón, causarían poca extrañeza que una persona ilustrada como el Sr. Domínguez, después de la brillante defensa hecha por el Sr. Hernández, prefiriera, antes de confesarse vencido y rendirse á la verdad reparando la injusticia cometida con un Sr. Arzobispo venerado en toda España, acogerse á malignas reticencias y á las diferencias de gustos como si se tratara de un asunto literario. “Con respecto,—dijo el Sr. Domínguez en su pobre rectificación,—á cierto libro que S. S. ha nombrado y yo no nombré, y que S. S. encuentra muy discreto, muy prudente y muy ameno, ni una palabra más he de decir sobre él á S. S. Es cuestión de gusto; S. S. opina de este modo, y yo no opino así. Puede que mi gusto sea malo y que el de S. S. sea bueno.„ En esto último dijo, por cierto, la verdad, pues como liberal, en estas materias que se rozan con la Religión, tenía el gusto hartamente estragado, no sé si por ignorancia del entendimiento ó por malicia de la voluntad, que de todo hubo entre los calumniadores del Siervo de Dios. Y ¿qué mejor prueba de ello que el reprobar lo que tantos Prelados de España, cien mil veces más competentes que él en la materia, habían aprobado, y tener por malo lo que los Sres. Obispos, únicos jueces legítimos en este asunto, habían tenido y tenían por bueno, y como tal lo aconsejaban á los sacerdotes de sus diócesis y lo ponían en las manos de los jóvenes levitas en los Seminarios? Los que tanto ruido movieron contra el P. Claret con ocasión de este libro han ya desaparecido y nadie se acuerda de ellos, al paso que el libro y su autor son más estimados cada día (1).

(1) Tampoco puedo pasar sin correctivo la calificación de *inocente y estúpido* que dió al librito de la *Llave de oro*, al hacer alusión á este incidente del Congreso, el autor de la *Estafeta de Palacio*, D. Ildefonso Bermejo. Dudo mucho que el Sr. Bermejo haya siquiera leído el libro del P. Claret, y es casi seguro que en su juicio se dejó guiar únicamente de los que, no conociendo bien al Sier-

De otro libro titulado *Las delicias del campo*, compuesto también en Cuba por el Siervo de Dios, trataremos más adelante, y con esto cerramos este capítulo, para pasar en otro á referir obras de otro género no menos benéficas y gloriosas.

vo de Dios, le tenían por un *bendito*, incapaz de hacer daño á nadie, pero de cortísimo talento, sino es que la vanidad de crítico no le ha cegado; porque hay liberales, aun entre los moderados como Bermejo, que cuando hablan de las cosas de Religión ó de Moral desbarran de lo lindo, por más que en otras materias discurren con acierto. La causa está unas veces en la malicia de la voluntad, pero muchísimas en una ignorancia supina de la moral católica y de todo lo que se refiere á la Iglesia de Cristo, pues en su orgullo piensan estos señores que estas cosas son muy baladías para hacer de ellas materia de sus estudios, y como están acostumbrados á hablar *ex cathedra* de otras materias que creen más importantes y difíciles, cuando meten el pie en éstas les parece que pueden talar y sentenciar á diestro y siniestro. ¡Infelices!



CAPÍTULO VII

DE VARIAS FUNDACIONES QUE HIZO EL SIERVO DE DIOS EN SU DIÓCESIS DE CUBA PARA MORALIZAR Á SUS HABITANTES

1. Plan de moralización. — 2. Cómo lo llevó á cabo. — Trata de instalar en su diócesis varios Institutos religiosos. — 3. Funda un Instituto de religiosas para la enseñanza de las niñas. — Establecimiento del Noviciado en Tremp. — Cómo alcanzó la autorización del Gobierno. — El Nuncio faculta al Siervo de Dios para que tres religiosas salgan de la clausura á fundar el Noviciado. — Nuevas dificultades que retardan la salida de las religiosas. — Cómo se orillaron y se llevó á cabo la fundación. — 4. Intenta fundar un grande asilo y granja modelo. — Pone manos á la obra en la ciudad de Puerto Príncipe. — Obstáculos que halló y cómo, á pesar de ellos, prosiguió con gran actividad las obras. — Oposición obstinada de las autoridades. — El ser llamado á la Península le impide concluir. — 5. Publica el libro de las *Delicias del campo* para fomentar el bienestar espiritual y temporal de sus feligreses. — 6. Establece una caja de ahorros. — Varias otras cosas que hizo en favor de los pobres enfermos y presos. — Es nombrado socio y presidente honorario de la Sociedad "Amigos del País."

1. Aunque las repetidas y fervorosas predicaciones del Siervo de Dios habían logrado hasta cierto punto mudar la faz de su diócesis, como los males eran muchos, inveterados y fomentados por los mismos que debían trabajar en extirparlos, era necesaria una reforma más radical que hiciera duraderos los frutos conseguidos en las Misiones y los extendiera de un modo permanente á toda suerte de personas. Con este intento el Siervo de Dios iba anotando con diligencia los males principales á que convenía poner remedio, y que su perspicacia descubría muy pronto. Por la lista que de ellos hizo, y que afortunadamente se conserva escrita de su mano, puede apreciarse algún tanto lo mucho que debía trabajar para arrancar las malezas del vasto campo que el Padre de familias le había entregado para que lo cultivase y le hiciera dar frutos. Tales desórdenes fueron la ignorancia del Catecismo y de los